

Charmian Clift tumbada al sol

«Si lo descuido todo un poco conseguiré llegar a casi todo» es un lema vital

Charmian Clift, su marido, George Johnston, también escritor, y sus dos hijos se fueron a Grecia a cumplir la fantasía de abandonar la ciudad y mudarse al lugar donde se veranea: en los años 50, después de un mes sin sol en Londres –los dos eran australianos–, agobiados por los gastos, las facturas, tratando de compatibilizar la crianza de sus dos hijos con el trabajo se marcharon a la isla griega de Kálimnos para instalarse allí. En *Cantos de sirena* (Gatopardo, 2022, traducción de Patricia Antón), Clift cuenta el primer año de la familia en la isla, donde, escribe, «el tiempo había dejado de ser tiránico. No había sensación de ritmo acelerado o de presión, ni teníamos la impresión de estar siempre subidos a una cinta de correr de la que uno dispone en la gran ciudad».

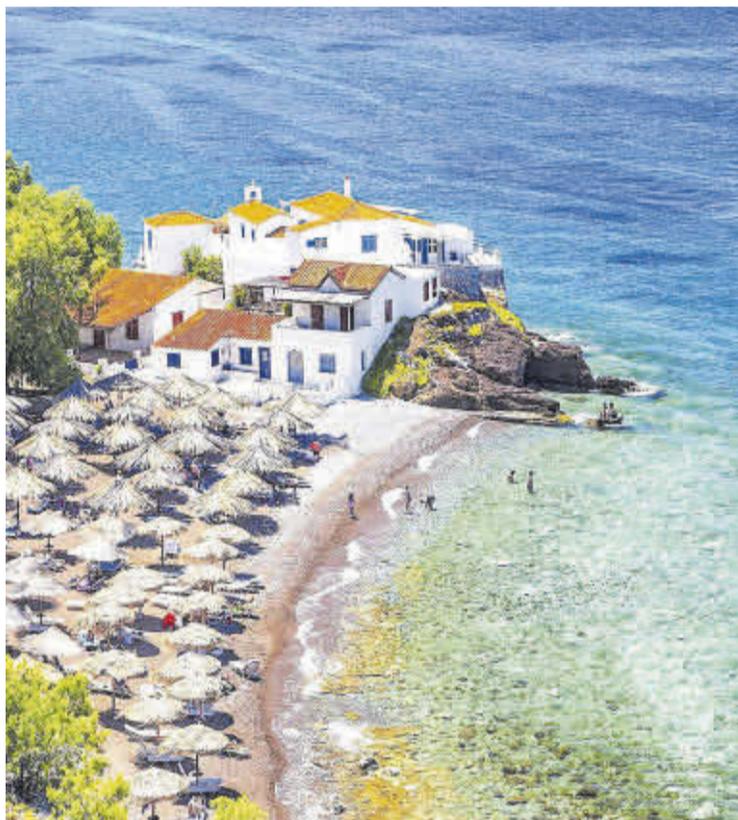
Los buscadores de loto (Gatopardo, 2023, traducción de Patricia Antón; ver crítica de la obra en las páginas 8-9) es una continuación de las peripecias familiares en Grecia, ahora en la isla



ALOMA
RODRÍGUEZ

Botón de nácar

de Hidra. La escritora está embarazada de su tercer hijo cuando comienza el libro y el matrimonio acaba de comprar una casa –como hizo un año después de la publicación del volumen, 1959, Leonard Cohen, que frecuentó al matrimonio y decía que la pareja le había enseñado a escribir–. Como en la anterior entrega, el dinero es una preocupación constante: la compra de la casa



Hidra, la isla griega donde vivió Charmian Clift con su familia.

los deja descapitalizados y los adelantos editoriales que consiguen se van en arreglar desagües y cañerías y en la tendencia de George a invitar a todo el mundo. Clift se suicidó en 1969, ya de vuelta en Australia, con una mezcla de alcohol y barbitúricos.

Lo que se apunta en *Cantos de sirena* aquí brilla en todo su esplendor, liberada ya Clift de poner en antecedentes de nada al lector. Me gusta (muchísimo) *Los buscadores de loto* por la mirada de Clift y por su versatilidad: hace convivir el relato destemillante del parto con la captura del paisaje o el retrato de la isla y el contraste entre los bohemios extranjeros y la población autóctona. Me gusta (muchísimo) porque describe al notario como «un hombre menudo, cortés y asmático»; por una frase que es casi un lema vital –«Tengo la teoría, que no me atrevo a examinar demasiado de cerca, de que si lo descuido todo un poco conseguiré llegar a casi todo»–, y por escenas como esta: «Pero qué bien sentaba estar viva y tumbada al sol; qué fantástico y libre era lanzarse desde la roca más alta sobre el borde de la cueva».

Aloma Rodríguez es escritora. Su último libro es *Puro glamour* (La Navaja Suiza).

A mí, con el mes de julio, se me amontonan las lecturas, se me acumulan los helados artesanales, se me arremojan los cursos de verano, se me enrosca a la siesta el Tour de Francia y se me anexan las nalgas y las corvas a un sofá de escay imaginario, como aquel del salón con gotelé en un barrio de la periferia. Sudores de la infancia y de la adolescencia pegajosas con las ventanas cerradas y las persianas bajadas para evitar los calores y la luz, y para que no entrara en esa casa ni el viento de la calle, aunque no había viento. Y para hacernos a la idea de que se habían tapiado con ladrillos puertas y ventanas. Solo nos faltaba comenzar a bordar el ajuar, como las hijas de Bernarda Alba. Es una sensación repetida y única. El cerebro parece licuarse y ya no pide la paz y la palabra sino la desidia y el abandono, el dejarse llevar a esos tiempos en los que no había ni responsabilidades ni futuro ni pensamiento *wake* ni festivales de verano.

Nos acechaba julio con su musa vestida con pareo, insinuando ombligo como tierra de promisión. Nos esperaba con su Indiana Jones oxidado pero vivo y coleando gracias a la inteligencia artificial, en busca del tiempo perdido y de su dial, cadena dial. Y aquí está julio, cuando ruge la

Verano, letras y letrinas

La lectura estival es un Tour con puertos de montaña, largas rectas, demarrajajes, cortes en el pelotón y esprints



JAVIER GARCÍA
RODRÍGUEZ

Periféricos y consumibles

marabunta y provoca, con sus rugidos, el orgullo manifiesto. Con sus sobremesas amenizadas por el temible burlón, por los tres lanceros bengalíes, por Tarzán, por King Kong o por King África. Y estoy hablando ahora, claro, de las próximas elecciones generales, con sus políticos dueños de palabra de ida y vuel-



THOMAS SAMSON

Esprint en la tercera etapa del Tour de Francia 2023.

ta, en las que habrá sudores fríos como refrescos enlatados y neveras de playa –rígidas y azules como los ataúdes de los bebés de *Avatar*– repletas de papeletas desechadas por los domingueros de playa o de pinar.

Las letrinas políticas dejarán paso a las letras veraniegas. Confíeamos en nuestro instinto y en la sorpresa. Como lectores, todos contenemos multitudes: somos capaces de combinar el estuchito de moneñas con la caja de herramientas profesional, y de movernos entre la teoría literaria y el baile por bulerías. Y aquí paz y después gloria. La lectura de verano es una *Grande Boucle* con puertos de montaña, ascensiones con pendientes prolongadas, descensos sin quitamiedos, largas rectas, cortes en el pelotón, demarrajajes, metas volantes y esprints desesperados. Sudaremos en minoría, haremos una escapada en solitario, trataremos de olvidarnos –pero no mucho– de tantas espadas como agravios de la política menuda. Julio ha venido para preguntarnos: «¿También tú, hijo mío?». Y tendremos que darle al César lo que es del César. Y adiós...

Javier García Rodríguez es escritor y profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Oviedo.